

Ponencia presentada en *Jornadas "A 40 años del Cordobazo: ciento treinta años de historia de las luchas de la clase obrera en Argentina, 1878-2008"*, Córdoba, 27 y 28 de mayo de 2009

La clase obrera argentina a comienzos de los '30. Sistema institucional, partidos y clase: apuntes para una lectura crítica

Nicolás Iñigo Carrera

Es casi un lugar común en los estudios históricos delimitar como un período al lapso abarcado por los años 1930 y 1935, tanto si se observa el campo de las relaciones económicas como el campo de las relaciones políticas. En particular se ha señalado ese lapso como un período específico en la historia del movimiento obrero argentino¹. En la actividad económica, existe una coincidencia en señalar el inicio en la crisis del mercado mundial que tuvo su manifestación más visible en el crac bancario de 1929 en Estados Unidos, que ya había tenido efectos en Argentina en 1928, como contrapartida del paroxismo en que encontraba la economía norteamericana². También hay consenso en señalar que en 1934 las peores manifestaciones de la crisis habían sido superadas y que la economía argentina no sólo recuperaba su nivel de crecimiento sino que en particular la industria, justamente como consecuencia de la crisis mundial, recibía un fuerte impulso, incorporando crecientes contingentes de trabajadores asalariados.

En el campo de las relaciones políticas, con el golpe de estado de 1930, que puso en evidencia la crisis del sistema electoral continuada con la proscripción del radicalismo y el fraude electoral, la cúpula de la burguesía argentina se aseguró el control del gobierno del estado e implementó las políticas afines a sus intereses, para adecuar el país a las nuevas condiciones que impuso la crisis económica mundial. La crisis del sistema electoral se prolongó en la proscripción de los candidatos y la consiguiente abstención del partido electoralmente más numeroso (UCR), y en el fraude electoral. La expansión del capitalismo

¹ Entre otros los trabajos de Murmis y Portantiero, Del Campo, Halperín

² O'Connell, Arturo; *La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta*; Desarrollo Económico, volumen 23 N° 92, enero – marzo de 1984; pp. 487 y 490.

en extensión, verificable en el ámbito de las relaciones productivas, no se manifestó aún en el campo de las relaciones políticas como proceso de creciente ciudadanización, como ocurrió posteriormente, y el período que estamos considerando (1930-1935) se caracterizó por el predominio del movimiento de repulsión del pueblo de las instituciones políticas, la utilización abierta de la fuerza armada del gobierno y del estado y la posibilidad de que distintas líneas de conflicto desembocaran en abiertas “guerras civiles”. A mediados de la década varios hechos permiten señalar un punto de torsión en el proceso de incorporación al sistema institucional político: 1) el reiterado fracaso de los cuadros militares radicales en recuperar el gobierno por las armas, llevó al radicalismo a abandonar la abstención electoral y participar, aunque con reticencia, del intento por constituir una alianza social y política que enfrentara en el campo electoral a la alianza social que ocupaba el gobierno y cuya expresión política era la Concordancia; el fin de la abstención electoral radical constituye un término de unidad de los cuadros políticos de la burguesía, incluyendo los de la UCR, sobre la base de la exclusión del radicalismo del ejecutivo nacional; 2) cambio en la conducción de la Confederación General del Trabajo, con el desalojo de la conducción sindicalista por una dirección predominantemente socialista y los consiguientes intentos de establecer alianzas electorales, del tipo Frente Popular, con partidos que expresaban a otras fracciones sociales; 3) división, reorganización o cambio de política en las organizaciones políticas que se reivindicaban de la clase obrera, como el partido Socialista³, el partido Comunista⁴ y el anarquismo⁵, 4) renovada acción de las organizaciones internacionales como la iglesia católica⁶ y la masonería. El período analizado concluye, pues, en 1935.

Desde la clase obrera, 1935 se ubica en un momento ascendente de sus luchas. En 1936 los huelguistas en la Capital triplicaron el número de los de 1929⁷, y en enero de ese año se llevó a cabo la huelga general más importante entre 1930 y 1943, que recordó, según

³ La escisión de izquierda que tomó el nombre de partido Socialista Obrero, se produjo en 1937, pero su existencia como tendencia dentro del PS era claramente observable desde varios años antes.

⁴ En su IIIª Conferencia Nacional, realizada en Avellaneda, el PC formalizó el abandono de su política de lucha “clase contra clase” para impulsar la formación de un Frente Popular, de acuerdo con las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista.

⁵ En 1934 comenzó a publicarse el periódico *Spartacus!* que organizó a los anarquistas orientados por Horacio Badaraco. En 1935 se realizó el congreso donde se formó la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA). Las dos organizaciones, que habían formado parte del Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CRRRA), creado en 1932, sostenían políticas diferentes de las de la FORA.

⁶ Congreso Eucarístico de 1934.

⁷ Ministerio del Interior; Departamento Nacional del Trabajo; *Investigaciones Sociales*; Buenos Aires, 1939.

los periódicos de la época, a la Semana de Enero de 1919. Esta huelga, tuvo repercusión nacional aunque sólo hubo paro y lucha callejera en la Capital y las “localidades circunvecinas”, y fue seguida por otra el 1º de mayo del mismo año y otra en septiembre, contra el monopolio de los transportes.

Entre 1930 y 1935 es posible señalar la existencia de dos fases: a partir de febrero de 1932 el ejercicio del gobierno del estado requirió de una legitimación electoral y los partidos de la oposición oficial accedieron al parlamento. En la segunda fase mejoraron las condiciones para el desarrollo de una alternativa de participación en el sistema electoral y la lucha parlamentaria, que tuvo su mayor (aunque no única) expresión, entre las organizaciones políticas que se reivindicaban de la clase obrera, en el partido Socialista, donde históricamente, incluso durante la fase 1930-31, había prevalecido la adscripción a la vía parlamentaria para, gradualmente, reformar la sociedad hasta alcanzar una sociedad no capitalista.

¿Un quinquenio “sin lucha”?

La primera mitad de la década de 1930 ha sido un período prácticamente ignorado por la investigación sobre la historia de la clase obrera, excepto por algunos de los historiadores provenientes del mismo mundo sindical.

Es un lugar común señalar que la historia del movimiento obrero organizado fue escrita en primer lugar por autores que habían participado, en lugares destacados, de ese mismo movimiento. Se suele englobar a los trabajos de estos autores bajo el rótulo de “historia militante” o “historia escrita por militantes”, denominación que se extiende a aquellos que escriben esa historia apartándose de las líneas temáticas e instrumental metodológico dominantes en la historiografía académica⁸. Sin embargo, los más clásicos

⁸ La denominación de “historia militante” o de “historia escrita por militantes” implica, en Argentina, una cierta impugnación a sus productos, en tanto se consideran contrapuestos “compromiso” político y “rigor” en la producción de conocimiento (Romero, Luis Alberto; “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”; en Revista *Entrepasados*, Año V, N° 10 comienzos de 1996; p. 92). A la “historia militante” se le contraponen una historia escrita por “profesionales” (ídem; p.95), aunque se reconoce en estos un vago compromiso (¿militancia?) con “la democracia”, así, en abstracto. Sin embargo, esa contraposición entre “historia militante” e “historia profesional” es aplicada de manera desigual: así, cuando un liberal refiere las maravillas del orden conservador de comienzos del siglo XX no es considerado “militante”; en cambio, sí lo es un historiador marxista o nacionalista que investigue sobre la lucha del movimiento obrero. Por cierto que, muchas veces quienes dicen alinearse con la clase obrera y el pueblo abonan a la imagen de poca rigurosidad, porque su ideología utopista (populista o socialista) les hace creer que el mero abrazarse con el pueblo garantiza un conocimiento mejor, sin necesidad de seguir los

trabajos sobre el movimiento obrero organizado en el período 1930 – 1935 que son englobados como “historia militante” tienen diferencias entre sí que no pasan sólo por los distintos alineamientos político ideológicos de sus autores sino también por los distintos aspectos del movimiento obrero que abordan y/o destacan. El anarquista Diego Abad de Santillán acota el objeto de su relato a la FORA, describiendo los congresos de esa organización y las luchas en las que participó; el relato termina en los primeros años de la década de 1930 (la edición original es de 1932) y no hay una referencia explícita a un descenso de las luchas en el período que nos interesa; más bien se resalta su continuidad. Tampoco define si se trató de un momento de disminución o ausencia de conflictos el socialista Jacinto Oddone, que describe exclusivamente los congresos y disputas entre tendencias, explícitamente defendiendo las posiciones del PS, sin hacer referencia, para el período 1930 – 1935, a las luchas de los obreros; sí aporta la reproducción completa de documentos, incluyendo los de la corriente sindicalista, contraria al PS. El dirigente comunista Rubens Íscar se ocupa también de las luchas entre tendencias político ideológicas, en un relato que ordena la información desde las posiciones sostenidas por su partido en el momento en que su libro fue escrito (década de 1970) más que las que defendía en la primera mitad de los años '30; hace una abundante referencia a las luchas sectoriales de los obreros, sobre todo de las dirigidas por el Comité de Unidad Sindical Clasista y no hay referencia a ninguna disminución en su intensidad. El más completo de

métodos de la ciencia. Pero la cuestión es otra: la supuesta contradicción entre conocimiento científico de la historia y militancia en la Argentina actual se asienta en el desenlace de los procesos de luchas sociales políticas y sociales del último medio siglo y la hegemonía lograda por el capital financiero, que “naturaliza” una determinada concepción del mundo. Presentada como “natural”, sustentarla y defenderla no es percibido como militancia a favor de esa concepción del mundo sino como algo “natural” en la sociedad. La naturalización de las condiciones existentes hace que cualquier conocimiento que muestre el carácter social, histórico y por tanto no “natural” de la sociedad en que vivimos sea considerado ligado a una militancia a favor de otra forma de organización social (lo que puede ser verdad), mientras se le quita el carácter de “militante” al conocimiento construido a partir de la aceptación de las condiciones existentes, presentado como aséptico y/o técnico. Toda declaración de asepsia en la producción de un conocimiento histórico que se atiene a recoger y analizar los hechos ocurridos sólo puede estar encubriendo dos situaciones reales: o bien la ignorancia por parte del historiador de las mismas condiciones en que está produciendo conocimiento y la “naturalización” de las percepciones, de los instrumentos utilizados y de los resultados obtenidos; o bien el deliberado ocultamiento de los alineamientos (militancia) del historiador. Lo que acabo de afirmar no significa que en el proceso de investigación histórica no pueda controlarse la influencia de la posición política o ideológica del historiador. Pero para eso es necesario, justamente, tomar conciencia y hacer explícita esa posición. La disyuntiva entre producción de conocimiento riguroso sobre los procesos históricos y “militancia” es falsa. No existe producción historiográfica, salvo que sea totalmente intrascendente, que no opere en favor o en contra de alguna teoría científica o alguna concepción del mundo o cosmovisión. Lo importante es en que medida aportan a la construcción de conocimiento.

estos trabajos (y refutación práctica de la inexactitud de la contraposición entre “compromiso” político y “rigor” en la producción de conocimiento) es el que realizó el sindicalista Sebastián Marotta, que hizo un registro extenso tanto de los conflictos sectoriales protagonizados por los trabajadores, incluyendo muchos ignorados por la estadística oficial del Departamento Nacional del Trabajo, como de los congresos de las distintas organizaciones y de las disputas entre tendencias; miembro en ese momento de la primera Comisión Administrativa de la CGT, trata al período 1930 – 1935 haciendo referencia al “(...) letargo que parece vivir la clase obrera argentina (...)”⁹, considera que el movimiento sindical estaba “disminuido” y que “(...) desde 1930 a 1935 escasas eran las [organizaciones sindicales] que reunían condiciones de realizar acción alguna en defensa de sus afiliados”¹⁰; sin embargo describe los conflictos sectoriales producidos en ese momento, aunque califica a las huelgas generales convocadas por la FORA como “acciones desatinadas”. Alfredo López¹¹, en aquel momento socialista y posteriormente vinculado al peronismo, también señala que entre 1930 y 1934 “las actividades sindicales (...) habían decaído en forma visible”, principalmente debido a la crisis económica pero también al clima político; y atribuye la recuperación a la adaptación del movimiento obrero, “luego de cuatro años de sufrimientos, a las nuevas condiciones político – sociales”; 1934 marca “la reiniciación de la marcha emancipadora” y el “renacer sindical”¹²; a pesar de que en su análisis la dimensión de la lucha de los trabajadores ocupa un lugar destacado (es uno de los pocos que registra la huelga general de enero de 1936), no hace ninguna referencia a los conflictos desarrollados en el período que estamos analizando. En síntesis, los autores alineados en aquel momento con la CGT señalan una disminución – aunque de ninguna manera la inexistencia – de las luchas protagonizadas por los obreros (Marotta y López) o bien no hacen referencia al tema (Oddone); conclusión opuesta a la de Abad de Santillán e Íscar, alineados con organizaciones ajenas a la CGT, ilegalizadas y particularmente atacadas por los gobiernos y organizaciones de la derecha, y que mantuvieron una política de abierta confrontación.

⁹ Marotta, Sebastián; *Argentina 1930 - 1960*; Buenos Aires, Sur, 1961; citado en Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos; Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; p. 140.

¹⁰ Idem.

¹¹ López, Alfredo; *Historia del movimiento social y de la clase obrera argentina*; Buenos Aires, Editorial Programa, 1971.

¹² López; op. cit.; p. 312.

Como puede apreciarse este conjunto de trabajos englobados bajo el nombre de “historia escrita por militantes” sólo tiene en común esa condición de sus autores y una mirada centrada en las organizaciones¹³. No sólo son diferentes por los alineamientos, afortunadamente explícitos, de sus autores sino también por la calidad de sus descripciones, que constituyeron (y en buena medida siguen constituyendo) una lectura imprescindible para comprender el lugar que ocupan las luchas de los trabajadores en el período que estamos analizando.

Aunque un poco posterior, y sin una militancia partidaria explícita, puede asociarse a los trabajos citados los de Julio Godio¹⁴. Tiene en común con ellos las abundantes críticas a determinadas posiciones políticas, el señalamiento de sus “errores” y de la política que hubieran debido seguir, así como el énfasis puesto en el registro de las disputas entre las orientaciones político ideológicas enunciadas en su título, a las que se suma el sindicalismo, acompañadas de documentos; pero hay, también, un registro de las luchas de los trabajadores.

Un párrafo aparte debe dedicarse a los trabajos de Osvaldo Bayer publicados en la década de 1970 en los que investigó la historia de los “anarquistas expropiadores”¹⁵, que tuvieron su momento de auge en la segunda mitad de la década de 1920 y la primera mitad de la década de 1930. Estas investigaciones fueron, por muchos años, las únicas donde se registraba la existencia de luchas en el período que nos interesa, aunque limitadas a una forma de lucha en particular.

Existe otro conjunto de investigaciones sobre el movimiento obrero del período que estamos considerando, realizadas desde el campo académico. La casi totalidad de esas investigaciones (referidas al lapso comprendido entre 1930 y 1945), tuvieron como meta conocer las condiciones en que surgió el peronismo, para lo cual se analizaron especialmente los años inmediatamente anteriores a su constitución. La excepción son los trabajos recientemente publicados de Fernando López Trujillo y Hernán Camarero, a los que nos referiremos más adelante.

¹³ También puede señalarse como un rasgo común que, excepto la historia de la FORA, fueron escritas teniendo en mente la contraposición entre los momentos históricos separados por el año 1945.

¹⁴ Específicamente sobre el período que consideramos *El movimiento obrero argentino (1930 – 1943). Socialismo. Comunismo y nacionalismo obrero*; Buenos Aires, Editorial Legasa, 1989.

¹⁵ Bayer, Osvaldo; *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*; Buenos Aires, Legasa, 1989. La primera edición es de 1970. Bayer, Osvaldo; *Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos*.

Es, probablemente, la contraposición entre la magnitud del movimiento sindical a partir del gigantesco proceso de ciudadanía que se produjo durante los primeros gobiernos peronistas y la situación del movimiento sindical en la década anterior, la razón por la que todos estos trabajos insistieron en la debilidad de la organización obrera antes de 1943¹⁶.

Hablar de la existencia de un movimiento obrero organizado antes de 1945, les apareció como “un exceso retórico pues, en rigor, no existe una fuerza de trabajo organizada en el plano nacional”¹⁷. Esta debilidad del movimiento obrero es resaltada aún más cuando se hace referencia a la primera mitad de la década¹⁸, considerada el momento de mayor debilidad del movimiento obrero, como resultado tanto de la crisis económica y el aumento de la desocupación, como del ataque directo de los gobiernos surgidos del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930¹⁹. “La mitad de los años treinta es una línea divisoria dentro de una década caracterizada por la atonía política”²⁰.

En el mismo sentido, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero hacen referencia a “la doble incidencia de las políticas que el capitalismo posee para disciplinar la fuerza de trabajo: el mantenimiento de una alta tasa de desocupación y la vigencia de medidas represivas”, para caracterizar al período 1930 – 1935 como “un momento de extrema debilidad para el movimiento obrero, que se manifiesta incapaz de enfrentar las consecuencias de la crisis económica”²¹; afirmación refrendada por una cita de Sebastián Marotta, miembro de la dirección de la CGT en ese momento, que considera al movimiento sindical, “disminuido”: para las organizaciones sindicales “tornábasele ilusoria toda actividad y desde 1930 a 1935 escasas eran las que reunían condiciones de realizar acción alguna en defensa de sus afiliados”. En el mismo sentido, Hugo del Campo señala “la

¹⁶ Walter Little (“La organización obrera y el estado peronista”, en Torre, Juan Carlos (compilador), *La formación del sindicalismo peronista*; Buenos Aires; Legasa, 1988; p. 307), estima, sobre la base de estadísticas oficiales y sindicales, que había 434.814 afiliados a sindicatos en 1946 y 2.334.000 en 1951. Louise Doyon (“El crecimiento sindical bajo el peronismo”; en Torre (compilador) *La formación...*) cita la información de la Dirección de Estadística Social que cuenta 441.412 afiliados a sindicatos en 1941 y 528.523 en 1945 (p. 174); y elabora las siguientes cifras de afiliación posterior: 1946: 877.333, 1948: 1.532.925, 1950: 1.992.404, y 1954: 2.256.580 (p. 178).

¹⁷ Torre, Juan Carlos; *La vieja guardia sindical y Perón*; OP CIT; pp. 39 – 40.

¹⁸ “Lo es, más aún, a principios de los años treinta (...) Torre OP CIT; pp. 39 – 40.

¹⁹ “(...) la represión condensa toda la política del Estado” hacia las organizaciones sindicales, con excepción de los ferroviarios (Torre ; op cit ; p. 42).

²⁰ Torre, Juan Carlos; *La vieja guardia sindical y Perón*; op. cit.; p. 28.

²¹ Murmis y Portantiero; p. 140.

impotencia de la CGT durante sus primeros años de existencia”, que explica por la crisis económica y la consiguiente desocupación, que produjo los niveles más bajos de toda la historia de luchas reivindicativas, sumada a la “represión” del gobierno del general Uriburu, hasta el cambio de dirección de la central obrera en 1935²²; Del Campo da un lugar central en su análisis a los procesos de confrontación, aunque circunscriptos al sistema institucional; por eso afirma que “El enfrentamiento violento y frontal de los trabajadores con el estado pasó a ser cosa del pasado – junto con la influencia anarquista – (...)”²³. Hiroshi Matsushita²⁴, autor del trabajo más circunscripto al sistema institucional y la confrontación entre las corrientes político ideológicas que se desenvuelven dentro de ese sistema, y que ignora prolijamente todas las acciones realizadas por el anarquismo, lo mismo que las luchas callejeras emprendidas por organizaciones de cualquier signo político, da una imagen similar sobre el período. También Joel Horowitz, que recorta el campo de observación al sistema institucional, define al período como “años difíciles”²⁵.

Los trabajos citados, a pesar de las diferencias teóricas entre sus autores y las conclusiones, a veces contrapuestas, a las que llegan, tienen en común dos rasgos que nos interesa resaltar: 1º: en todos ellos ocupan un lugar central los procesos de luchas económicas, políticas e ideológicas; confrontaciones que son utilizadas como indicadores para señalar hitos en la historia del movimiento sindical. 2º: todos limitan la observación al sistema institucional y lo que ocurre por fuera o contrapuesto a ese sistema es prolijamente ignorado o, al menos, minimizado; como sintetiza el prólogo de Rubén Zorrilla al libro de Matsushita, pero que puede hacerse extensivo al conjunto de los trabajos, “Sindicatos, partidos políticos y gobierno: he ahí la tríada fundamental examinada y reexaminada en diferentes direcciones (...) en áspero conflicto”²⁶. La poca atención prestada al declinante pero todavía vigoroso anarquismo y al comunismo en rápida expansión en los gremios industriales, es atribuible en buena medida a este recorte del campo de observación. Esto resulta muy evidente en el caso del anarquismo, del que, en el mejor de los casos, sólo se

²² Del Campo, Hugo; *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*; Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; p. 55.

²³ Del Campo, Hugo; op. cit.; p.74.

²⁴ Matsushita, Hiroshi; *Movimiento obrero argentino 1930 – 1945*; Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

²⁵ Horowitz, Joel; *Los sindicatos, el estado y el surgimiento de Perón. 1930/1946*; Buenos Aires, Eduntref, 2004. Con información recogida en la década de 1970, este trabajo pone el énfasis en el estudio individual de determinados sindicatos y, manteniéndose en el plano de la apariencia más superficial, atribuye un papel clave a “las rivalidades personales” entre dirigentes (p. 218).

²⁶ Zorrilla, Rubén H.; Prólogo, en Matsushita, op. cit; p. 8.

toma en consideración a la FORA, dejando de lado el proceso de reagrupamiento que se estaba produciendo con la formación de los comités de relaciones anarquistas y posteriormente con la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA) y la Alianza Obrera Spartacus.

También debe señalarse que todos estos trabajos intentan realizar mediciones sobre el conflicto, utilizando las estadísticas de huelgas publicadas por el Departamento Nacional del Trabajo; el resultado es que el quinquenio es, sin duda, el momento de menor conflictividad en comparación con las dos primeras décadas del siglo y después de 1935.

Es notable que en ninguno de estos trabajos existan referencias a las huelgas generales convocadas durante el quinquenio en cuestión. La únicas excepciones son Del Campo, que sí registra las de diciembre de 1932 y agosto – septiembre de 1933, aunque sin darles especial relevancia, y Horowitz, que sólo nombra las primeras huelgas generales de la FORA durante el gobierno de Uriburu, pero ignora todas las demás, incluyendo la más importante de la década, en enero de 1936. Esta huelga general sólo es registrada en algunos de los trabajos citados, pero sólo como un momento de la huelga de los obreros de la construcción. Sin embargo, como ya se dijo, los procesos de confrontación, aunque limitados al campo de lo institucional, se encuentran en dentro del campo de la observación.

El registro del conflicto es, pues, un rasgo común a las investigaciones ya citadas. No es el caso de los trabajos a los que haremos referencia a continuación, que generados en el nuevo clima de ideas difundido en Argentina desde comienzos de la década de 1980, y en los que los discursos acerca de la inexistencia de la clase obrera y la elusión del conflicto como objeto de análisis estaban a la orden del día²⁷. No es de extrañar, entonces, que en el

²⁷ Se ha afirmado (Romero, Luis Alberto; “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”; en Revista Entrepasados, Año V, N° 10, comienzos de 1996, Buenos Aires; pp. 91 - 106) que, a diferencia de los años '60 y '70, la historiografía de los '80 y '90, al compás de una mayor profesionalización y menor politización e ideologización, ha tomado distancia de los requerimientos de la sociedad (“un saber académico constituido, capaz de alimentarse a sí mismo, y de subsistir independientemente de las apetencias de la sociedad” ; p. 102). En el mismo sentido es paradigmático, también, el análisis de la historiografía sobre los trabajadores que hace Juan Carlos Torre (*Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en Argentina*; en Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales de la UNCPBA, N° 5, Tandil, 1990; pp. 209 – 220). Sin embargo, si partimos del hecho de que las reconstrucciones de la realidad por el pensamiento son una resultante de las relaciones establecidas entre los seres humanos, difícilmente podamos hacer un análisis de la situación de los estudios históricos sin tener en cuenta la situación (relaciones de fuerza) en que se generaron esos estudios y los intereses contrapuestos de los que son expresión. Si en los trabajos originados en años 60 y 70 (aunque algunos de ellos se publicaran

conjunto de ensayos publicados por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero con el título *Sectores populares. Cultura y Política. Buenos Aires en la entreguerra*, se definiera a este momento de la historia argentina como “los años relativamente tranquilos de las décadas de 1920 y 1930”²⁸, en que la “identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose y, progresivamente se constituyó otra (...) popular, conformista y reformista”²⁹, porque la movilidad social exitosa y crecientes aventuras individuales exitosas desgranaron la masa trabajadora y “la identidad inicial de los trabajadores, compacta segregada y contestataria, tendió a disgregarse en una multitud de individualidades que pugnan por su destino singular”³⁰. Contundentes afirmaciones que carecían, sin embargo, de referencia empírica³¹; menos aún, de intentos de medición precisa. En esta perspectiva, a partir de 1919, “es difícil saber si por su eficacia [de la represión] o por la renovada prosperidad de la década de 1920 (...) la ola movilizadora pasó, dejando lugar a un período de reflujo en la movilización activa, que no volvería a repetirse en Buenos Aires hasta después de 1943”³²; desmovilización que se acentuó en los años '30 por la represión gubernamental, la crisis de la actividad industrial y la desocupación³³. Algo atenuada y circunscripta a la primera mitad de la década, se repite la referencia a una “actividad sindical” “adormecida en los años inmediatamente posteriores a la crisis”, aunque se reconoce que “resurgió hacia 1934, acompañando el ciclo económico”³⁴. En definitiva, en esta perspectiva, hasta el surgimiento del peronismo, “hito fundamental” en el proceso de “toma de conciencia, de autopercepción, de incorporación cultural de experiencias compartidas”, no existió para los trabajadores una “identificación a escala nacional” y, si bien no está explícitamente

años después), el hincapié estuvo puesto en las luchas de los obreros, en los trabajos generados en los 80 y 90, ofensiva exitosa y hegemonía del capital financiero mediante, el interés se centró en el estudio de esa parte de las relaciones ideológicas englobadas bajo la denominación de “cultura” y el análisis de la confrontación social desapareció.

²⁸ Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto; *Sectores populares. Cultura y Política. Buenos Aires en la entreguerra*; Buenos Aires, Sudamericana, 1995; p 9.

²⁹ Idem; p. 11.

³⁰ Idem; p. 11. Nótese la diferencia con la afirmación de Del Campo para referirse a los cambios en la clase obrera en ese momento: “Aunque la movilidad social seguía siendo alta, no todos los inmigrantes habían logrado ‘hacer la América’ y no eran pocos los hijos de inmigrantes que debieron conformarse con seguir siendo asalariados como sus padres (...)”, lo que no era obstáculo para que se orientaran hacia el reformismo (Del Campo; op. cit.; p. 39).

³¹ Para una crítica pormenorizada a esos trabajos, ver Camarero, Hernán; “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares”; en *Revista Nuevo Topo*, N° 4, septiembre/octubre 2007; pp. 35 – 60.

³² Gutiérrez y Romero; op. cit.; p 116.

³³ Gutiérrez y Romero; op. cit.; p. 119.

³⁴ Romero, Luis Alberto; *Breve historia contemporánea de la Argentina*; Buenos Aires, 2001; p. 84.

afirmado, se desprende que no puede considerarse hasta ese momento que exista una clase obrera³⁵. Afirmación que sí puede encontrarse, dentro de la misma línea interpretativa, cuando Daniel James señala que la existencia de la clase obrera argentina “y su sentido de identidad como fuerza nacional coherente, tanto en lo social como en lo político, se remonta a la era de Perón” y que “en un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón”³⁶. En síntesis, esta perspectiva historiográfica de la que hemos citado a los autores principales, caracteriza a la década de 1930 como un momento de conciliación y sin lucha, y rechaza el análisis de los trabajadores asalariados en términos de clase obrera.

Confluyen así con la vertiente historiográfica que descarta a la clase obrera y minimiza al movimiento obrero organizado como sujetos de la historia. Un buen ejemplo de esa tendencia puede encontrarse en los tres tomos dedicados al siglo XX de la *Nueva Historia de la Nación Argentina* publicada por la Academia Nacional de la Historia: de un total de aproximadamente 1.700 páginas, el movimiento obrero, considerado sólo en sus manifestaciones estrictamente institucionales, es tratado en un solo capítulo de apenas 30 páginas³⁷, a las que pueden sumarse 9 en que se trata el pensamiento político de “las izquierdas”³⁸. Esta obra prioriza la observación de la acción de los “grandes hombres” ya que considera al proceso histórico producto de la aplicación de sus ideas-fuerza³⁹; un enfoque metodológico que toma como sujetos principales, cuando no a las ideas mismas, a los intelectuales e ideólogos. En una concepción similar se ubica Tulio Halperín Donghi, que denomina al lapso 1932 – 1935 “la República en el limbo”⁴⁰. Señala el año 1935 como

³⁵ Idem p. 133.

³⁶ James, Daniel; *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946 – 1976*; Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990. Las citas corresponden a las páginas 55 y 56. En el libro de James, que tiene como objeto de investigación “el peronismo y la clase trabajadora” entre 1946 y 1976, hay pocas referencias al período 1930 – 1935, todas sobre el movimiento de la actividad económica y sobre el sistema institucional (la CGT y los partidos políticos); la lucha de los trabajadores brilla por su ausencia.

³⁷ Matsushita, Hiroshi; “Organizaciones sindicales y relaciones laborales”; en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*; tomo 9, pp. 213 – 244.

³⁸ Egües, Carlos; “El pensamiento político”, punto “Las izquierdas”; en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*; tomo 7; pp. 402 – 411. Nótese el espacio consagrado a otras instituciones: las fuerzas armadas son tratadas en tres capítulos (93 páginas del tomo 8º) y las iglesias en cinco capítulos (99 páginas del mismo tomo).

³⁹ Coincide en esto con la apreciación de Romero en el sentido que son los “grupos dirigentes” (estado, iglesia o grupos contestatarios) los que “esculpen” al sujeto histórico, sobre el “mármol en bruto” que constituye su base. (Romero, Luis Alberto; “Los sectores populares urbanos como sujeto histórico”; en Gutiérrez y Romero, op. cit; p. 35).

⁴⁰ Halperín Donghi, Tulio; *La República imposible*; Buenos Aires, Ariel, 2004. Cómo limita la observación al sistema institucional, y en especial a los personajes y partidos políticos que no cuestionan el orden social (mientras critica a los socialistas e ignora a las organizaciones que se proclaman revolucionarias), concluye

hito, a partir del cual Argentina es “una sociedad de nuevo en movimiento”⁴¹; antes de esa fecha “las expresiones del conflicto entre el capital y el trabajo se tornaron más esporádicas y menos intensas” como consecuencia “del ingreso en una etapa recesiva” más que por “la etapa duramente represiva que había sido la dictadura de Uriburu”; el fin de la etapa recesiva dio lugar “a un inmediato resurgir de la militancia sindical”⁴². Como el sujeto es “la República”, las clases se diluyen en la ciudadanía; al circunscribir la mirada al sistema institucional, y dentro de él a las ideas de la clase dominante, los frecuentes hechos de confrontación directa en las calles protagonizados por los trabajadores, en no pocas oportunidades con uso de armas, si acaso son registrados, quedan relegados al plano de lo anecdótico⁴³. El papel del movimiento obrero queda así disminuido, ya que, aunque sus militantes no eludieron el plano discursivo, buena parte de sus acciones, en todas las vertientes político – ideológicas, pasaron por la confrontación directa mediante huelgas y otras acciones directas, actos públicos, gestiones ante el gobierno y manifestaciones callejeras. En la medida en que se centra la observación en el mundo de las ideas, campo de confrontación en el que lo único que se derrama es tinta, se puede llegar a caracterizar la situación de los años '30 como “una suerte de congelada e incruenta guerra civil”⁴⁴, ante una realidad en la que eran varias las líneas de conflicto percibidas por sus protagonistas como potenciales o actuales “guerras civiles”⁴⁵, aunque no llegaron a conformarse dos

que entre 1932 y 1935 el fraude electoral, aunque existía, no era imprescindible para ganar las elecciones porque los radicales no participaban. Quizás por eso la denominación de “República en el limbo”, es decir, “en el borde”; nótese que en esa mitad del gobierno de Justo, cuando el fraude electoral sólo se practicaba contra los socialistas, se proscribía a los comunistas y se perseguía a los anarquistas, es considerada en los límites de la república, pero diferenciada de la negación de la república, la “República imposible”, cuando el fraude es practicado contra la UCR.

⁴¹ Halperín Donghi; *La República* op. cit.; pp. 208 y siguientes.

⁴² Halperín Donghi; *La República* op. cit.; p. 147.

⁴³ Curiosamente, registra la huelga general de 1936 (Halperín Donghi; *La República* op. cit p. 213)..

⁴⁴ Halperín Donghi, Tulio; *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*; Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; p.13.

⁴⁵ Esta caracterización recorre todo el espectro político, desde los partidarios de Uriburu hasta los anarquistas, incluyendo a la oposición parlamentaria. Por ejemplo, Leopoldo Lugones en el discurso que pronunció en el entierro del interventor militar en Avellaneda, muerto por un grupo anarquista, afirmó que “Porque estamos efectivamente en guerra (...) El mayor Rosasco ha caído porque fue honrada y limpiamente el ejecutor del bando militar del 6 de septiembre (...) Sabemos donde están y quienes son los instigadores. Basta ya de contemplación (...)” (La Nación 14/6/1931). El dirigente socialista Nicolás Repetto, recordó en sus memorias que “A mediados del mes de julio de 1931, estalló en la provincia de Corrientes un motín militar (...) Temeroso de que este motín pudiera ser el punto de partida de una guerra civil o cosa parecida, pensé que podría contribuir a evitarla (...)” (Repetto, Nicolás; *Mi paso por la política*; tomo II; p.10). La Junta de Defensa de la Autonomía Provincial de Santa Fe, ante la intervención federal que desplazó al gobierno demócrata progresista de esa provincia, declaró: “(...) Dirigimos a todos, (...) una advertencia, serena pero

fuerzas sociales, armadas moral y materialmente, en que se dividiera la sociedad y que confrontaran con la convicción de que sólo el aniquilamiento de su enemigo permitiría el desarrollo de su propia fuerza

No es casual que sean dos investigaciones publicadas después de 2001 las que vuelven a colocar la dimensión “lucha” en un lugar central, aunque el objeto principal de análisis sean dos organizaciones políticas: el Partido Comunista, entre 1920 y 1935, y la Federación Anarco Comunista Argentina, en los años '30. Estos trabajos ya no están dirigidos específicamente a analizar los orígenes del peronismo, aunque, al abordar el período previo a su formación, aportan también a ese tema. Tienen, además, en común, que las organizaciones políticas que estudian transitaban por un momento de frontal enfrentamiento con el sistema institucional y por eso ambas investigaciones se ocupan de un espacio ignorado por los trabajos de los '60 y '70: la lucha librada por una parte de la clase obrera argentina por fuera y enfrentada al sistema institucional político, cuya existencia estaba también mostrada en *La estrategia de la clase obrera. 1936*.⁴⁶ Ambas investigaciones, más marcadamente la referida a la FACA, reconstruyen la historia a partir de una lectura crítica de la misma prensa partidaria.

Hernán Camarero⁴⁷ investigó a “los comunistas y el mundo del trabajo”, recorriendo tanto la historia de la organización partidaria como su inserción en las fábricas, su participación en las luchas sindicales, electorales y de calles, así como en el campo de las ideas y de la organización de los intelectuales y la formación de una “cultura obrera”. Su objeto de estudio excede así ampliamente el “mundo del trabajo”⁴⁸ y, aunque con un sesgo

firme. Medimos en toda su trascendencia la gravedad de los momentos que estamos viviendo. Una mayoría parlamentaria regimentada, sin consciencia de la responsabilidad histórica, entregada a intereses antinacionales, empuja al país a la guerra civil. (...). La libertad no se pide; se la conquista. Sepamos conquistar la nuestra” (*Tribuna* 5/10/35). El periódico anarco-comunista *Spartacus* caracterizaba la situación diciendo que “En un país donde la prensa está amordazada, los movimientos de opinión sofocados, los obreros y los estudiantes antiguerreros perseguidos o bajo las torturas y en las cárceles, la sucesión de estos episodios son sondeos lanzados al proletariado y nunca pueden ser juzgados sucesos vulgares, actos de carácter policial o justicia militar, sino hechos de guerra.” (*Spartacus* 15/4/35); “Estamos librando una guerra que rebasa todas las energías populares (...)” (*idem*; 11/35).

⁴⁶ Iñigo Carrera, Nicolás; *La estrategia de la clase obrera. 1936*; Buenos Aires, La Rosa Blindada - Pimsa, 2000. También en los trabajos sobre *Spartacus*, el golpe de estado de 1930, las huelgas generales de diciembre de 1932 y agosto de 1933 publicados en Pimsa - Documentos y Comunicaciones 2000, 2006, 2001, 2005 respectivamente, entre otros de mi autoría.

⁴⁷ Camarero, Hernán; *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina. 1920 – 1935*; Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

⁴⁸ Camarero toma una denominación muy difundida entre los historiadores pero sobre cuyas implicancias no parece haber demasiada reflexión. Como lo hace evidente la misma denominación, referirse al “mundo del

a observar las luchas por rama en desmedro de las del conjunto de la clase obrera, en lo que concierne al tema que estamos tratando en este punto, brinda un cúmulo de información aplastante para demostrar “la continuidad de fenómenos de resistencia, organización y socialización proletario, que, si bien parecieron mostrar cierta atemperación con respecto a períodos anteriores y posteriores, ponían de manifiesto un movimiento obrero en reconstitución y reestructuración, y no en disolución”⁴⁹. Asimismo muestra la existencia de una “orientación obrerista y revolucionaria”⁵⁰ que, aunque todavía patrimonio sólo de una minoría militante, comenzaba a erigirse como “alternativa proletaria radicalizada”⁵¹, es decir contrapuesta al sistema institucional, con capacidad para influir sobre crecientes masas obreras⁵².

Fernando López Trujillo⁵³ describe la historia de la Federación Anarco Comunista Argentina y la de otras organizaciones y figuras del anarquismo, su vinculación con las organizaciones obreras, y las disputas político – ideológicas en el seno del anarquismo y con las otras corrientes del movimiento obrero. Centrado en las polémicas acerca de la mejor estrategia y forma de organización de los anarquistas, muestra la situación de esa corriente ideológica, que lejos estaba de haberse extinguido, como supone mucha de la historiografía.

A pesar de no ser un objetivo principal de su análisis, tanto de la investigación de Camarero como de la de López Trujillo se desprende la existencia de un movimiento obrero

trabajo” o bien confunde a los seres humanos (trabajadores) con su actividad (trabajo) o bien reduce los distintos campos de relaciones sociales en que se encuentran inmersos los trabajadores a uno solo: el trabajo; actividad que es puesta en práctica en un “mundo” (el lugar de trabajo) en el que los seres humanos han sido despojados de toda condición que no sea la de atributo de capital, como engranaje en un mecanismo productivo o apéndice de máquina, y donde cualquier intento por recuperar su condición humana implica justamente algún grado de ruptura con las condiciones de existencia de ese “mundo”. En otras palabras, lo que se hace es privilegiar la observación de los procesos de trabajo, el consumo productivo de la fuerza de trabajo, es decir, los trabajadores como atributo del capital, como capital viviente. Si nos circunscribimos al “mundo del trabajo” las luchas deberían quedar excluidas. No es esto lo que hace Camarero que, sin embargo, utiliza esa denominación reduccionista.

⁴⁹ Camarero; op. cit; p. 350.

⁵⁰ Camarero; op. cit; p. 350.

⁵¹ Camarero; op. cit; p. 352.

⁵² Cuánto se modificó la “orientación revolucionaria” durante el proceso de crecimiento de la alternativa política analizada por Camarero excede al período (1930 – 1935) que estamos analizando y corresponde a otra investigación de la que hemos publicado un adelanto: Iñigo Carrera, Nicolás; “Alternativas revolucionarias en los ’30: la Alianza Obrera Spartacus y el Partido Socialista Obrero”; en Biagini, Hugo E. y Arturo A. Roig (directores); *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II. Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930 – 1960)*; Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

⁵³ López Trujillo, Fernando; *Vidas en rojo y negro. Una historia del anarquismo en la “Década infame”*; Buenos Aires, Letra libre; 2005.

organizado sindical y políticamente mucho más allá de Buenos Aires y las entonces llamadas “localidades circunvecinas”, que abarcaban el primer cordón del Gran Buenos Aires. Su presencia no sólo en Rosario y otras localidades de la provincia de Santa Fe y en la capital y otros pueblos de la provincia de Córdoba sino también en otras provincias y territorios nacionales señala que bastante antes de 1945 ese movimiento obrero había tomado ya forma nacional, con presencia en todo el territorio donde se habían impuesto las relaciones capitalistas⁵⁴. Sin embargo, el hecho de tener como objeto de investigación a determinadas organizaciones políticas, y no a la clase obrera, limita el alcance de sus afirmaciones.

Es por eso que metodológicamente es preferible tomar como dimensión principal la lucha de la clase obrera, que, lógicamente, precede a sus organizaciones, aunque, obviamente, ambas, lucha y organización, están indisolublemente ligadas.

Aunque a veces se tiende a confundirlos en el análisis, clase y partido son diferentes. Cada uno de los partidos que pretende organizar los intereses de los trabajadores se considera a sí mismo como el “partido de la clase obrera”⁵⁵, pero la misma multiplicidad de partidos está señalando que o bien los distintos partidos están expresando intereses de diferentes clases o fracciones sociales, o bien “los partidos orgánicos y fundamentales, por necesidades de la lucha o por otras razones, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales asume el nombre de ‘partido’ y aun, de partido independiente”⁵⁶. La afirmación de que “escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico”⁵⁷, está señalando que no puede limitarse esa historia ni a su vida interna, ni a los primeros grupos que lo constituyeron y sus polémicas ideológicas, ni a la historia de la masa “que

⁵⁴ Camarero; op. cit.; especialmente pp. 96 a 102, entre otras referencias. López Trujillo op. cit.; entre muchas otras referencias: pp. 49 – 50, donde se registran sólo las localidades de donde provenían los presos anarquistas firmantes de una declaración y pp. 63, 64 y 71, a propósito de los participantes en el congreso de Rosario de 1932; la reorganización del anarquismo a partir de 1932 dio lugar a “la constitución de 6 comités zonales: Resistencia (Chaco), Rosario, Bahía Blanca, Santa Fe, Tucumán y Capital”; en 1933 los comités zonales eran dieciséis. (López Trujillo, op. cit.; p. 75.

⁵⁵ Se produce una situación análoga a la que señala Marx: “(...) del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia (...)” (Marx, Karl; “Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política”; en *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857 y otros escritos sobre problemas metodológicos*; Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente N° 1, 1974; p.77).

⁵⁶ Gramsci, Antonio; *La política y el estado moderno*; México, Premio, 1981; p. 22.

⁵⁷ Gramsci, Antonio; *La política y el estado moderno*; México, Premio, 1981; p. 23.

siguió a los promotores”, ni sus congresos y el conjunto de sus actividades; ni siquiera es la historia de un determinado grupo social, en tanto éste no está aislado en la sociedad. Y si se trata de escribir la historia de una sociedad ¿qué mejor que investigar las confrontaciones sociales entre los grupos sociales que, en su desarrollo, la constituyen?

A la vez, los partidos y las corrientes político ideológicas sindicales, es decir las minorías organizadas que se postulan como organizaciones de la clase obrera, son las distintas alternativas, metas, métodos o vías para alcanzarlas, que se plantean desde y hacia la clase obrera. Centrar la observación en un partido es hacerlo en una de esas alternativas. Observar, en cambio los momentos de enfrentamiento en los que participa la clase obrera permite conocer cuál de esas alternativas siguió la mayoría de la clase obrera en un momento o período determinado⁵⁸. Aunque centrar la mirada en la clase o los partidos pueden ser caminos complementarios, el énfasis en uno u otro lleva a resultados distintos.

⁵⁸ La Semana de Enero de 1919 permite dar un ejemplo: si se observan las organizaciones políticas y sindicales, no cabe duda de que la FORA del IX Congreso era la mayoritaria; pero si se observa el momento de la lucha callejera, es decir el hecho de la Semana de Enero, se constata que la alternativa seguida por los trabajadores movilizados fue la de la FORA del V Congreso. Lo mismo puede señalarse respecto de la CGT, de una parte, y la Alianza Obrera Spartacus, la Federación Anarco Comunista Argentina y el Partido Comunista, de otra, en enero de 1936.